CULTURAS
Página/12



A

Alguna vez, Pío Baroja dijo: ''Si quieres ser escritor véte a Madrid y ponte a la cola''. Frase que hoy, en el Madrid posmoderno de la posmovida, sigue teniendo vigencia. Pero no hay continuidad. No hay una constante como la de Nueva York, París o, aun, Barcelona. Entre esos dos hitos, aquel de la liberal generación del 98 que comienza a reverdecer las glorias de ese centro de España, y el Madrid de hoy que hasta merece por algunas de sus locuras la envidia de algún escriba del *New York Times*, existe el ancho tenebroso río del franquismo, que condenó a sus hombres más destacados a un murmullo que no hacía más que iluminar el largo apagón cultural. Ese lugar de Aqueronte construido por el Generalísimo, impulsó a la diáspora a los talentos de España; México y Buenos Aires fueron los lugares más solicitados como asentadero de reparo.

Y mientras los Rafael Alberti influían en las letras de América latina, el franquismo, con esa ambigüedad que critican tanto los falangistas, se permitía editar libros para la exportación que prohibía en su propio suelo. Muchos escritores españoles, más o menos recientes, pueden memorizar situaciones dramáticas, donde le pegaron en el colegio por haber leído un libro prohibido. Y el libro no era *Las Memorias de una Princesa Rusa*, sino *La Peste*, de Albert Camus. Es que claro, como publicitaban los carteles de turismo: *Spain is diferent*. Pero los españoles buscaban de todos modos dejar de serlo. No querían ser distintos de Europa. Pretendían mostrar que el sur (de Europa) también existe. Y abandonar ese provincialismo a que parecían condenados por la represión de la dictadura del enano fascista.

Luz que ilumina

Pero, según lo propuso el hábil charleta de McLuhan, los medios de comunicación masajean las conciencias. No permiten mantener una sociedad cerrada. Los estímulos de la televisión, el cine, la publicidad tienden a quebrar la cerrazón y a imponer modelos modernizadores. Allá por el 55 los españoles, con atraso, descubren la televisión. Y junto a la televisión: los telefilms norteamericanos, las series, la cultura visual. Se integran, a pesar de los deseos del Estado, en una cultura que cada vez va siendo más homogénea en el mundo.

Los que hoy son la Nueva Novela española van a aprender a narrar mirando la pequeña pantalla, leyendo libros mal tradu-

▸

EL CRUCE DEL RIO FRANCO

La transición en la literatura española

En los cenáculos literarios de los 60, en Buenos Aires, ya se había leído El Jarama, *del español Sánchez Ferlosio, pero el libro de los peninsulares que más corría era* Para vivir aquí, *esos relatos de Juan Goytisolo que tan bien parecían unir, en una nueva voz, a Hemingway y a Pavese. Con los años, vino el silencio, los ecos de una retórica que se perdía en Luis Goytisolo, o en el exacerbado Jesús Fernández Santos. En esos años, España, y por lo tanto la literatura, dio en transición. De ese tema –lleno de aristas– se ocupa, con diversos focos, este suplemento. Máximo Soto informa acerca de los escritores más jóvenes y su postulación a La Movida, una fobia contra el pasado. Dos de esos jóvenes autores –Jesús Ferrero y Pedro Molina Temboury– clarifican las razones de ese aparente capricho. Entrevistado por Alberto Szpunberg, Manuel Vázquez Montalbán –el autor de la serie policial que hizo famoso al detective Pepe Carvalho– analiza ese pasaje del franquismo a la democracia. Un texto de Juan Marsé –el prólogo al último relato que publicó– puede hacer recordar que ciertas rebeldías –contra el panfleto, contra la política– empezaron antes. Algo que podría explicar, más castizamente, el fallecido Enrique Tierno Galván, autor, como alcalde de Madrid, de bandos irónicos, desenfadados, que salían flanqueados por los dibujos de los nuevos ilustradores, algunos de los cuales ilustran estas páginas.*

cidos, pero que airean la pesada facilidad de los Alfonso Paso o José María Gironella que impone el sistema. Por eso, apenas se permite hacer algún Brecht, algún Ibsen, la intelectualidad es tan convocada casi como cuando en la Argentina se hizo Teatro Abierto. Es que por esos ventanucos escapaba toda una propuesta cultural, iba generando una cercana apertura.

Los españoles llegan tarde a la lectura de Kerouac, Ginsberg, Gregory Corso, la generación Beat, que en Buenos Aires se leía con interés a principio de los sesenta. También tardan en llegar a las publicaciones *underground*, a los fanzines, que allá se venden subrepticiamente en el Rastro. Y, como era de esperar, ya con no tanto atraso se acercan a la contestación política. Que en España, predeciblemente, se inicia en las universidades. Y los autores dejan la creación por el ensayo. Como en la Argentina son influyentes tanto Glauber Rocha como la Nouvelle Vague. Comienzan a devorar a los autores latinoamericanos. Llegan hasta el plagio con Borges. No son ajenos a los fervores cortazarianos. Se deslumbran con el Gabo. Buscan, de todos los modos, destruir los famosos 20 años que los separan del resto de Europa.

Por ese tiempo, los nuevos clásicos españoles Camilo José Cela o Gonzalo Torrente Ballester acrecientan su influencia. Y los nuevos nombres van fortaleciendo una obra, en varios casos, rigurosa: Juan Marsé, Miguel Delibes, Juan Benet. Comienza la transición hacia la democracia. Todos intentan radiografiar el pasado. Donde Saura necesitaba metaforizar la realidad, ahora la hacen explícita.

Los jóvenes narradores comienzan a buscar las obras prometidas, aquellas que no habían podido salir a la luz en medio de tan extensa oscuridad. Y no las encuentran. Salvo en un marginal: Goytisolo, que corrido de España, instalado en París, está lejos del mundanal ruido, y deja de interesarse por las polémicas de la izquierda, por la necesidad de reivindicar su lucha contra la dictadura, y pretende una cierta perfección de la escritura, tomando temas de la marginalidad, contando historias donde se habla de homosexualidad y no de lo contingente en la realidad social. Los nuevos narradores que rechazan toda la tradición española, que se sienten sentimentalmente más cerca de cualquier norteamericano, o de un venerado italiano posmoderno, tienen como uno de sus padres negados a Luis Goytisolo. Acaso porque, a través de él, lograron los valores como para realizar una crítica furibunda del realismo.

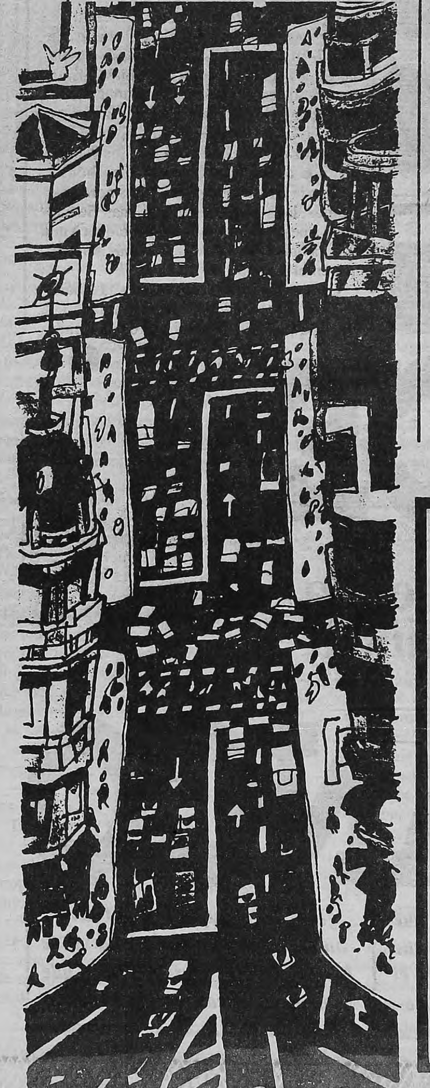
La Transición desencadena el Destape. Si la eclosión política dura poco, el del desnudo, el erotismo y la pornografía dura menos. Y sólo queda la absorción permisiva que facilita la presencia de desnudos en cualquier tipo de publicación o el uso del lenguaje más coloquial y zafado. Además recrea un género literario: la novela cómico-erótica. Una de cuyas claves es la aparición de la colección de *La Sonrisa Vertical*.

El franquismo se ha dedicado a promocionar la familia numerosa. En los hogares hay muchos hijos. La media de la población es de un promedio de edad muy joven. Y esos jóvenes, que poco supieron de las angustias pasadas, van a buscar lo nuevo, lo moderno. Algunos de entre ellos alcanzaron el poder. Y esos funcionarios jóvenes promoverán a sus hermanos menores. Sabrán escuchar las tendencias de ese mercado exigente que si escucha punk rock lo quiere al otro día tener frente a sí. Y si ésa es la necesidad, en medio de una economía que comienza a ser cada vez más pujante, ya habrá quienes salgan a satisfacerla. Sobre todo cuando la cultura comienza a valorizar el marketing.

Pedro Almodóvar, el del *Matador*, es uno de los puntales de las nuevas tendencias. Sus películas, un poco a las *sans façon*, tienen un éxito enorme. La movida madrileña se pone en movimiento. Aparecen nuevas radios que hablan otro idioma. El rock español comienza a competir con el de otras partes del mundo. Aparecen revistas como *La Luna de Madrid* que lanza la idea de que Madrid es una ciudad atractiva, fundamentalmente europea, que está de moda y que se puede convertir en capital importante. *La Luna* es una especie de *Radiolandia* del Jet Set de la cultura. Y si antes lo importante era mostrar el compromiso, ahora lo valioso será dar con el tipo, lograr una imagen vendedora. Eso impone ir a las fiestas, estar en la noche, vivir en los barrios de moda. La nueva bohemia parte de una ideología: lo importante es buscar la fama. La fama no es puro cuento siempre que dé dinero. Conseguir mercantilizar el material que se produce es un valor que supera al meramente estético. La vanguardia es el mercado. El éxito es el único valor que se considera decisivo para juzgar una obra. Esta ideología no puede sostenerse mucho tiempo. Las obras, en algún momento, comienzan, simplemente por el conjunto que forman, a tener una identidad. Así, en un reciente número de *El Urogallo*, se reunía a los nombres más destacados, o más comerciales, o más representativos, de la nueva narrativa española con un título: *Un toque de distinción*. Ese solo hecho hace que merezcan la atención los nombres de Jesús Ferrero –uno de los primordiales–, Alejandro Gándara, Julio Llamazares, Ignacio Martínez de Pisón, Mercedes Abad y el –desde hace poco instalado en Buenos Aires– único que se inscribe en la tradición del realismo: Pedro Molina Temboury.

España ha vuelto a tener influencia importante en la Argentina. A algunos sectores le importa su política, la cristalización de un modelo. A otros no. Es indudable que habrá que tener en cuenta, también, a sus nuevos narradores.

Máximo Soto



Hace un calor espantoso.

Son las seis de la tarde y el sol aún parece caer a plomo

sobre una Barcelona castigada por uno de los veranos más alarmantes de los últimos diez años. Sin embargo, son las seis de la tarde y Manolo cruza la Diagonal maldiciendo la catalana tradición de respetar los semáforos, hasta alcanzar la esquina de la cita. Manuel Vázquez Montalbán (Barcelona, 1939) es probablemente el único intelectual de la España canicular –es sabido que el calor dilata los cuerpos y estrecha las almas– cuyo relativismo no le hace confundir las seis de la tarde con las diez de la noche, ni tampoco, y esto es más asombroso, la falta de respuestas con la frivolidad o el cinismo de la posmodernidad. Pero no cabe duda de que mucho más asombroso todavía es que Vázquez Montalbán, que somatizaba su exquisita sabiduría culinaria con un despliegue de rabellsiana obesidad, ha adelgazado hasta rozar cotas francamente preolímpicas. Pero, además, como si esto fuera poco, en el último congreso de intelectuales de Valencia, Vázquez Montalbán no ha titubeado en reivindicar su condición de comunista, ante un Semprún engolosinado con su condición de ex, y un Vargas Llosa groseramente anti.

Narrador de las novelas negras de la serie Carvalho, periodista febril, articulista de humor punzante y crítico, escritor de ensayos, crónicas y prólogos, Vázquez Montalbán es acaso ante todo un poeta –su *Memoria y Deseo* publicada el año pasado por Seix-Barral así lo demuestra–, sin por ello dejar de ser miembro del Comité Central del Partido Socialista Unificado de Cataluña, o sea, del partido histórico de los comunistas catalanes, a la vez que enemigo jurado de todas las ortodoxias, tanto de las propias como de las ajenas. Por supuesto, tampoco le entorpecen las herejías de salón.

–Bajo el rótulo de posmodernismo, la intelectualidad española se ha ido derechizando, ya sea activamente o a través de la indiferencia y la pasividad. ¿"Qué se fizo de los infantes" de la izquierda?

–Desde la segunda mitad de los años sesenta, una vanguardia de intelectuales de izquierda y democráticos fue tomando forma y ocupando el espacio a una izquierda orgánica que la represión había diezmado. Esta vanguardia crítica irradió su influencia al conjunto social. En la clase obrera se conforman nuevos organismos de lucha, como es el caso de las Comisiones Obreras; en la universidad toma forma una nueva cara ilustrada, en las regiones de España se desarolla un nacionalismo progresista, antidictatorial. Es decir, de todo este lento cambio social sale un sector de intelectuales y profesionales demócratas, de izquierda, que ocupa un espacio en la sociedad civil, llenando un vacío que los políticos no ocupan. Proliferan las declaraciones, los manifiestos, los pronunciamientos contra la dictadura. Desde 1965 hasta 1977, los intelectuales tienen un gran protagonismo. Entre otras cosas, intentan convencer a la burguesía de que no tiene por qué ser fascista, tratando de ganarla para la democracia. Es algo así como un lavado de conciencia mezclado con un cambio de imagen.

–A la muerte de Franco, en 1975, salen de la clandestinidad los políticos.

–Sí, pero no hay que confundirse: para los comunistas, la clandestinidad había sido en serio; no así para los liberales de centro o de derecha. De cualquier forma, los partidos políticos comienzan a existir y reclaman para sí ese espacio que venían ocupando los intelectuales, porque toman conciencia de que se inicia un tiempo de apertura, cuyas limitaciones estimulan la tendencia al posibilismo. Los intelectuales no estaban preparados para este juego de las concesiones, de los pactos. Se produce una especie de gran sustitución. Incluso los partidos de izquierda, que habían logrado aglutinar a un conjunto de intelectuales progresistas muy importante, tanto

Jesús Ferrero nació en Zamora, en una región bien nutrida de lobos, jabalíes, serpientes de varias clases, linces, ruinosos monasterios y noches muy estrelladas. No se entiende muy bien su interés por el incesto, su obsesión por las mujeres bellas y a un tiempo repugnantes, su amor a los cuchillos, a las pistolas humeantes, a los juegos en cuartos oscuros, a los susurros, a las locomotoras, a los besos entre los vagones, o a los encuentros en un vapor que hace la ruta de Indochina. ¿Serán sus continuos cambios de domicilio los que lo han llevado a semejante desvarío? ¿A quién pretende imitar exactamente, a Salgari o a Segalen? Cursó estudios de bachillerato en el País Vasco y universitarios en París. Diurnamente los doctos le enseñaban cosas viejas, y nocturnamente las doctas le enseñaban cosas nuevas, dijo no hace mucho su hermana.

Dicen que trabajaba de portero de noche en un hotel prostibulario y que solía conversar con las muchachas hasta altas horas de la noche. No se entiende tampoco su fervor por Platón, por Gracián, la poesía Tang y los manuales para vivos y muertos del Tibet y la India.

"En el hotel en que trabajaba nunca hubo cortesanas hindúes o chinas. Eran chicas de Argelia, de España, de Polonia, de Bulgaria, y tenían casi todas ellas la mirada demasiado vidriosa como para que inspirasen la más mínima confianza", dijo en una reciente entrevista.

Asegura que quiere llegar a la *novela pura* de la misma forma que Guillén quiso llegar a la *poesía pura:* a la pura plasmación lírica del mundo.

Cree que la novela no sólo tiene sus leyes de fondo, su trama y su cadena, sino que también tiene sus leyes formales y en consecuencia un lenguaje que le es propio y que no se puede traicionar.

Ahora prepara su segunda novela, *Opium*, en la que cabe suponer que volverán a aparecer los sables, las uñas lacadas y rojas, las armas de fuego, y donde es también de suponer que habrá opio, mujeres fatales, encuentros inesperados, en la que habrá todo lo que no debería haber en una novela de aventuras, pura o no.

ESP
ESTA M

En 1981, la editorial Bruguera publicó e desconocido, **Belver Yin**, *de* **Jesús Ferr** *hablaba de la Guerra Civil Española, o a historia de amor ambientada en Shanga jóvenes vírgenes y los padres vendían a mayores best seller españoles de las últim generación que dos años después* **Pedro Molina Temboury** *es otro de los in poesía,* **País de octubre** *y* **El Mago**, *y Actualmente, Molina está en Buenos Air un centro cultural que posibilite und En estos textos, los dos escritores habl explica* **Belver Yin** *y anuncia* **Opium. Mo** *el abismo abierto entre*

cidos, pero que airean la pesada facilidad de los Alfonso Paso o José María Gironella que impone el sistema. Por eso, apenas se permite hacer algún Brecht, algún Ibsen, la intelectualidad es tan convocada casi como cuando en la Argentina se hizo Teatro Abierto. Es que por esos ventanucos escapaba toda una propuesta cultural, iba generando una cercana apertura.

Los españoles llegan tarde a la lectura de Kerouac, Ginsberg, Gregory Corso, la generación Beat, que en Buenos Aires se leía con interés a principio de los sesenta. También tardan en llegar a las publicaciones *underground*, a los fanzines, que allá se venden subrepticiamente en el Rastro. Y, como era de esperar, ya con no tanto atraso se acercan a la contestación política. Que en España, predeciblemente, se inicia en las universidades. Y los autores dejan la creación por el ensayo. Como en la Argentina son influyentes tanto Glauber Rocha como la Nouvelle Vague. Comienzan a devorar a los autores latinoamericanos. Llegan hasta el plagio con Borges. No son ajenos a los fervores cortazarianos. Se deslumbran con el Gabo. Buscan, de todos los modos, destruir los famosos 20 años que los separan del resto de Europa.

Por ese tiempo, los nuevos clásicos españoles Camilo José Cela o Gonzalo Torrente Ballester acrecientan su influencia. Y los nuevos nombres van fortaleciendo una obra, en varios casos, rigurosa: Juan Marsé, Miguel Delibes, Juan Benet. Comienza la transición hacia la democracia. Todos intentan radiografiar el pasado. Donde Saura necesitaba metaforizar la realidad, ahora la hacen explícita.

Los jóvenes narradores comienzan a buscar las obras prometidas, aquellas que no habían podido salir a la luz en medio de tan extensa oscuridad. Y no las encuentran. Salvo en un marginal: Goytisolo, que corrido de España, instalado en París, está lejos del mundanal ruido, y deja de interesarse por las polémicas de la izquierda, por la necesidad de reivindicar su lucha contra la dictadura, y pretende una cierta perfección de la escritura, tomando temas de la marginalidad, contando historias donde se habla de homosexualidad y no de lo contingente en la realidad social. Los nuevos narradores que rechazan toda la tradición española, que se sienten sentimentalmente más cerca de cualquier norteamericano, o de un venerado italiano posmoderno, tienen como uno de sus padres negados a Luis Goytisolo. Acaso porque, a través de él, lograron los valores como para realizar una crítica furibunda del realismo.

La Transición desencadena el Destape. Si la eclosión política dura poco, el del desnudo, el erotismo y la pornografía dura menos. Y sólo queda la absorción permisiva que facilita la presencia de desnudos en cualquier tipo de publicación o el uso del lenguaje más coloquial y zafado. Además recrea un género literario: la novela cómico-erótica. Una de cuyas claves es la aparición de la colección de *La Sonrisa Vertical*.

El franquismo se ha dedicado a promocionar la familia numerosa. En los hogares hay muchos hijos. La media de la población es de un promedio de edad muy joven. Y esos jóvenes, que poco supieron de las angustias pasadas, van a buscar lo nuevo, lo moderno. Algunos de entre ellos alcanzaron el poder. Y esos funcionarios jóvenes promoverán a sus hermanos menores. Sabrán escuchar las tendencias de ese mercado exigente que si escucha punk rock lo quiere al otro día tener frente a sí. Y si ésa es la necesidad, en medio de una economía que comienza a ser cada vez más pujante, ya habrá quienes salgan a satisfacerla. Sobre todo cuando la cultura comienza a valorizar el marketing.

Pedro Almodóvar, el del *Matador*, es uno de los puntales de las nuevas tendencias. Sus películas, un poco a las *sans façon*, tienen un éxito enorme. La movida madrileña se pone en movimiento. Aparecen nuevas radios que hablan otro idioma. El rock español comienza a competir con el de otras partes del mundo. Aparecen revistas como *La Luna de Madrid* que lanza la idea de que Madrid es una ciudad atractiva, fundamentalmente europea, que está de moda y que se puede convertir en capital importante. *La Luna* es una especie de *Radiolandia* del Jet Set de la cultura. Y si antes lo importante era mostrar el compromiso, ahora lo valioso será dar con el tipo, lograr una imagen vendedora. Eso impone ir a las fiestas, estar en la noche, vivir en los barrios de moda. La nueva bohemia parte de una ideología: lo importante es buscar la fama. La fama no es puro cuento siempre que dé dinero. Conseguir mercantilizar el material que se produce es un valor que supera al meramente estético. La vanguardia es el mercado. El éxito es el único valor que se considera decisivo para juzgar una obra. Esta ideología no puede sostenerse mucho tiempo. Las obras, en algún momento, comienzan, simplemente por el conjunto que forman, a tener una identidad. Así, en un reciente número de *El Urogallo*, se reunía a los nombres más destacados, o más comerciales, o más representativos, de la nueva narrativa española con un título: *Un toque de distinción*. Ese solo hecho hace que merezcan la atención los nombres de Jesús Ferrero –uno de los primordiales–, Alejandro Gándara, Julio Llamazares, Ignacio Martínez de Pisón, Mercedes Abad y el –desde hace poco instalado en Buenos Aires– único que se inscribe en la tradición del realismo: Pedro Molina Temboury.

España ha vuelto a tener influencia importante en la Argentina. A algunos sectores le importa su política, la cristalización de un modelo. A otros no. Es indudable que habrá que tener en cuenta, también, a sus nuevos narradores.

Máximo Soto



Hace un calor espantoso.



¿QUE SE FIZO DE LOS INFANTES DE LA IZQUIERDA?

Son las seis de la tarde y el sol aún parece caer a plomo

sobre una Barcelona castigada por uno de los veranos más alarmantes de los últimos diez años. Sin embargo, son las seis de la tarde y Manolo cruza la Diagonal maldiciendo la catalana tradición de respetar los semáforos, hasta alcanzar la esquina de la cita. Manuel Vázquez Montalbán (Barcelona, 1939) es probablemente el único intelectual de la España canicular –es sabido que el calor dilata los cuerpos y estrecha las almas– cuyo relativismo no le hace confundir las seis de la tarde con las diez de la noche, ni tampoco, y esto es más asombroso, la falta de respuestas con la frivolidad o el cinismo de la posmodernidad. Pero no cabe duda de que mucho más asombroso todavía es que Vázquez Montalbán, que somatizaba su exquisita sabiduría culinaria con un despliegue de rabellsiana obesidad, ha adelgazado hasta rozar cotas francamente preolímpicas. Pero, además, como si esto fuera poco, en el último congreso de intelectuales de Valencia, Vázquez Montalbán no ha titubeado en reivindicar su condición de comunista, ante un Semprún engolosinado con su condición de ex, y un Vargas Llosa groseramente anti.

Narrador de las novelas negras de la serie Carvalho, periodista febril, articulista de humor punzante y crítico, escritor de ensayos, crónicas y prólogos, Vázquez Montalbán es acaso ante todo un poeta –su *Memoria y Deseo* publicada el año pasado por Seix-Barral así lo demuestra–, sin por ello dejar de ser miembro del Comité Central del Partido Socialista Unificado de Cataluña, o sea, del partido histórico de los comunistas catalanes, a la vez que enemigo jurado de todas las ortodoxias, tanto de las propias como de las ajenas. Por supuesto, tampoco le entorpecen las herejías de salón.

–Bajo el rótulo de posmodernismo, la intelectualidad española se ha ido derechizando, ya sea activamente o a través de la indiferencia y la pasividad. ¿"Qué se fizo de los infantes" de la izquierda?

–Desde la segunda mitad de los años sesenta, una vanguardia de intelectuales de izquierda y democráticos fue tomando forma y ocupando el espacio a una izquierda orgánica que la represión había diezmado. Esta vanguardia crítica irradió su influencia al conjunto social. En la clase obrera se conforman nuevos organismos de lucha, como es el caso de las Comisiones Obreras; en la universidad toma forma una nueva cara ilustrada, en las regiones de España se desarolla un nacionalismo progresista, antidictatorial. Es decir, de todo este lento cambio social sale un sector de intelectuales y profesionales democráticos, de izquierda, que ocupa un espacio en la sociedad civil, llenando un vacío que los políticos no ocupan. Proliferan las declaraciones, los manifiestos, los pronunciamientos contra la dictadura. Desde 1965 hasta 1977, los intelectuales tienen un gran protagonismo. Entre otras cosas, intentan convencer a la burguesía de que no tiene por qué ser fascista, tratando de ganarla para la democracia. Es algo así como un lavado de conciencia mezclado con un cambio de imagen.

–A la muerte de Franco, en 1975, salen de la clandestinidad los políticos.

–Sí, pero no hay que confundirse: para los comunistas, la clandestinidad había sido en serio; no así para los liberales de centro o de derecha. De cualquier forma, los partidos políticos comienzan a existir y reclaman para sí ese espacio que venían ocupando los intelectuales, porque toman conciencia de que se inicia un tiempo de apertura, cuyas limitaciones estimulan la tendencia al posibilismo. Los intelectuales no estaban preparados para este juego de las concesiones, de los pactos. Se produce una especie de gran sustitución. Incluso los partidos de izquierda, que habían logrado aglutinar a un conjunto de intelectuales progresistas muy importante, tanto cuantitativa como cualitativamente, también marginan a los intelectuales, hasta relegarlos a la condición casi exclusiva de "abajo firmantes" o de señuelo publicitario en el escaparate partidario. No los integran para que cumplan la condición de intelectuales orgánicos, colectivos.

–Muchos emprenden entonces el retorno a casa.

–Entre los intelectuales se genera una tendencia de retorno a lo privado, a través de cierto resentimiento, desencanto, pesimismo histórico, en fin, diversas manifestaciones de desmovilización. Los intelectuales sienten que han sido usados y luego dejados de lado, y poco a poco vuelven a aferrarse a su carrera, a su profesión, a su destino personal. Para estos intelectuales, la política comienza a convertirse en una suerte de espectáculo que puede entretenerles o no, pero que empieza a ser ajeno. Esto favorece la aparición de lo que en España se llamó el "desencanto". Es así como los intelectuales sienten que se han quedado al margen del pasteleo de la democracia. Tras la etapa de Suárez, en que la transición se afianza, se produce el arribo de los socialistas al gobierno, nada menos que con diez millones de votos y con una mayoría absoluta. El golpe de Estado del Tejerazo ayuda a que los intelectuales se vuelvan más cautos y que alrededor del triunfo socialista impere como una especie de tregua, por eso de evitar las provocaciones, de no irritar al enemigo. Esta cautela es una especie de cheque en blanco para el PSOE y su gobierno.

–Para el grueso de los intelectuales el triunfo de los socialistas significó una gran esperanza y cierta posibilidad de participación social.

–La intelectualidad se dividió. Un sector se convirtió en proveedor de ideología para el gobierno, otro sector se volvió hacia la pasividad o la indiferencia acaso cínica acerca de lo político, y un tercer sector, numéricamente minoritario, siguió manteniéndose fiel a la tradición crítica y activa de la izquierda. Los dos primeros sectores son los mayoritarios, incluyendo a quienes colaboran con el actual gobierno y los que, a través del silencio o el devaneo, facilitan la política de derecha de los socialistas. El PSOE instrumentaliza a quienes le brindan su apoyo y también el silencio de los intelectuales pasivos, neutralizados. Se acrecienta el descrédito de todo lo que huela a la elaboración de una teoría crítica de la sociedad. Si la crítica es inútil porque se está en una época donde impera el posibilismo, ¿qué le cabe al intelectual? Este rótulo de "posmodernidad" promovido por la mayoría de los intelectuales colabora incluso para que en la sociedad desaparezca todo un tejido social crítico, sobre todo en el estudiantado y en la juventud en general. La crítica se vuelve como una especie de lujo del espíritu, tan ineficaz como desgajada de la realidad y de las presiones sociales.

–Pero tampoco la izquierda logra constituirse como polo aglutinador.

–Durante la oposición a la dictadura un gran sector de los intelectuales había estado aglutinado por el Partido Comunista. Cuando se produce la transición, el poder político de España cae en manos de una dirigencia fraguada en el exterior, como fruto en gran parte, de las presiones internacionales para que España se sume al Occidente "civilizado y europeo", o sea, democrático-formal. El PC hace con los intelectuales una política meramente instrumental, porque en el fondo le dan miedo, porque los desconoce, porque piensa que se trata de gente poco pragmática que con sus planteos y teorías va a crear riesgos maximalistas contraproducentes, porque teme que los intelectuales prediquen un democratismo de base acaso extemporáneo.

–Y la fórmula de "lo posible" se traduce en el eurocomunismo, una suerte de comunismo también "civilizado y europeo".

–El PC entra en el juego del posibilismo y centralmente se esfuerza por hacer buena letra ante la burguesía, se autopropone como un partido gestor de la sociedad como si fuese un partido socialdemócrata. Pero, para cumplir esta función, ¿quién mejor capacitado que el PSOE, un partido con toda una tradición en este sentido, con fuertes vínculos hasta personales con la burguesía española y con poderosos respaldos internacionales? Por más que el PC dejase de hablar de sus muertos y torturados, ¿por qué la burguesía española iba a confiar más en él que en los socialistas? Así es como se produce un trasvase de profesionales y de cuadros que pasan del PC al PSOE, estimulados por la posibilidad de ocupar cargos públicos, en algunos casos por mera avidez de ascenso o protagonismo; en otros, por la creencia de ser socialmente útiles dentro de lo que el juego político señala como posible. Poco a poco, el PC se va desarmando ideológicamente, con una gran pérdida de intelectuales y profesionales. El PC incluso deja de levantar su propia historia, porque es una historia de lucha, de combate, y creo que con su recuerdo puede ofender a la sensibilidad de la sociedad bien pensante.

–¿Había otra salida en vez de ésta de la transición?

–Era inevitable una salida pactada, porque la transición española no es fruto de una relación de fuerzas, sino de debilidades: la debilidad del franquismo para seguir en el poder, la debilidad de la derecha liberal que paga el precio de haber colaborado con el franquismo y la debilidad del PC, que es fuerte en la clandestinidad, pero que se desarma al entrar en el juego democrático formal con una política equivocada. Esta, que se expresa a través del ex secretario Santiago Carrillo consiste en creer que, emulando al PC italiano, puede ganar amplias masas de electores hasta el punto de que la burguesía lo va a dejar gobernar, olvidando las grandes diferencias que hay entre la burguesía italiana y la española. Para ésta era mucho más cómodo y tranquilizador recurrir a los socialistas del PSOE, no sin dejar, por supuesto, como corresponde entre caballeros, de agradecer al PC los servicios prestados.

–Manolo, aunque para muchos suena a una antigüedad, ¿qué significa hoy ser un intelectual de izquierda?

–Ante todo, alguien que no pierde su capacidad crítica, de elaboración teórica, y que posee una alta sensibilidad a las presiones sociales, a los movimientos de la historia. Claro, que no es lo mismo en Europa que en América latina, donde el hambre y la barbarie represiva conminan a que la actividad crítica sea mucho más concreta e intensa, lo que no necesariamente debe convertirla en mero pragmatismo. Esta característica de América latina es lo que hizo que me asombrara tanto que fuesen los intelectuales latinoamericanos –Cabrera Infante, Vargas Llosa, Octavio Paz– quienes, cada uno a su manera plantearan en el último congreso de Valencia las posiciones más de derecha.

–Pero estos intelectuales son tan sólo un sector de la intelectualidad latinoamericana, y no precisamente el más representativo.

–Ya lo sé, pero me consta que otros intelectuales, como Ernesto Cardenal, fueron invitados y no concurrieron, no sé por qué.

Alberto Szpunberg



ESPAÑA ESTA MOVIDA

En 1981, la editorial Bruguera publicó en España la primera novela de un autor joven y desconocido,* Belver Yin*, de Jesús Ferrero. Contra lo que se podía esperar, el libro no hablaba de la Guerra Civil Española, o del franquismo, o del posfranquismo, sino de una historia de amor ambientada en Shangai, en donde marineros borrachos secuestraban a jóvenes vírgenes y los padres vendían a sus hijas.* Belver Yin *se convirtió en uno de los mayores best seller españoles de las últimas décadas y Ferrero en el representante de una generación que dos años después fue definida como la* movida *madrileña.

Pedro Molina Temboury es otro de los integrantes de esa generación. Publicó dos libros de poesía,* País de octubre *y* El Mago*, y dos novelas,* Madre Gallina Africa *y* Ballenas*. Actualmente, Molina está en Buenos Aires, dirige la librería española y piensa inaugurar un centro cultural que posibilite una mayor relación entre España y Argentina.

En estos textos, los dos escritores hablan de su obra y la situación española. Ferrero explica* Belver Yin *y anuncia* Opium*. Molina, por su lado, señala el placer de la parodia y el abismo abierto entre su generación y la anterior.

Jesús Ferrero nació en Zamora, en una región bien nutrida de lobos, jabalíes, serpientes de varias clases, linces, ruinosos monasterios y noches muy estrelladas. No se entiende muy bien su interés por el incesto, su obsesión por las mujeres bellas y a un tiempo repugnantes, su amor a los cuchillos, a las pistolas humeantes, a los juegos en cuartos oscuros, a los susurros, a las locomotoras, a los besos entre los vagones, o a los encuentros en un vapor que hace la ruta de Indochina. ¿Serán sus continuos cambios de domicilio los que lo han llevado a semejante desvarío? ¿A quién pretende imitar exactamente, a Salgari o a Segalen? Cursó estudios de bachillerato en el País Vasco y universitarios en París. Diurnamente los doctos le enseñaban cosas viejas, y nocturnamente las doctas le enseñaban cosas nuevas, dijo no hace mucho su hermana.

Dicen que trabajaba de portero de noche en un hotel prostibulario y que solía conversar con las muchachas hasta altas horas de la noche. No se entiende tampoco su fervor por Platón, por Gracián, la poesía Tang y los manuales para vivos y muertos del Tibet y la India.

"En el hotel en que trabajaba nunca hubo cortesanas hindúes o chinas. Eran chicas de Argelia, de España, de Polonia, de Bulgaria, y tenían casi todas ellas la mirada demasiado vidriosa como para que inspirasen la más mínima confianza", dijo en una reciente entrevista.

Asegura que quiere llegar a la *novela pura* de la misma forma que Guillén quiso llegar a la *poesía pura:* a la pura plasmación lírica del mundo.

Cree que la novela no sólo tiene sus leyes de fondo, su trama y su cadena, sino que también tiene sus leyes formales y en consecuencia un lenguaje que le es propio y que no se puede traicionar.

Ahora prepara su segunda novela, *Opium*, en la que cabe suponer que volverán a aparecer los sables, las uñas lacadas y rojas, las armas de fuego, y donde es también de suponer que habrá opio, mujeres fatales, encuentros inesperados, en la que habrá todo lo que no debería haber en una novela de aventuras, pura o no.

Marsé, Vázquez Montalbán poco tienen que ver con la movida. Ellos no tienen ninguna posibilidad de serlo, para empezar: por edad. Pero Vázquez Montalbán, como poeta primero, antes que como novelista, ha abierto muchos horizontes. Introduce el humor, cosa que parecía que en España no existía, o que la dictadura impedía que se expresase. Pero estos escritores ni son reivindicados como padres ni están integrados en ese movimiento."

"En España hay una novela que es clave para comprender el momento que se está viviendo: *Belver Yin*, de Jesús Ferrero, que la publica Bruguera en el '81 y vende muchísimo: 80.000 ejemplares. Eso bate record no sólo con respecto a la novela de un autor novel, sino de autores consagrados. Y provoca el interés de los editores por seguir el filón. Es una obra ambientada en un Shangai absolutamente imaginario. Una especie de cuento chino sin relación con la realidad.

"La generación en que yo me englobaría, la de 25-35 años, muy recientemente la crítica ha comenzado a darle características homogéneas. La nuestra es una literatura que no es de compromiso, que rompe con la literatura social –cosa que ya había hecho Goytisolo– pero que también rompe con el experimentalismo. Nosotros no pretendemos lucubrar sobre el fin de la novela o el grado cero de la escritura. Buscamos contar alguna historia. La historia pasa a ser importante en el texto. Y las técnicas experimentales sirven sólo para dar ritmo a la narración. Muchas, sacadas del cine.

"En cuanto a la temática es bastante distinta en los diversos autores. Se están viendo novelas con trama policíaca. Es importante la Serie Negra que está surgiendo con Juan Madris y otros, que se lee, que va teniendo su público. Ambientan los relatos entre el argot, la droga y detectives americanos de la tradición Chandler. También se cultiva como género la novela cómico-erótica. Y la histórica, a raíz de la moda Umberto Eco. Yo me enlazo con las que están ambientadas en la actualidad, partiendo de una realidad.

"Creo que estamos en la misma línea que otros países. Acaso, con la Argentina. Seguramente con los narradores italianos recientes. Con el realismo sucio norteamericano. Creo que vivimos fenómenos parecidos."

¿QUE SE FIZO DE LOS INFANTES DE LA IZQUIERDA?

cuantitativa como cualitativamente, también marginan a los intelectuales, hasta relegarlos a la condición casi exclusiva de "abajo firmantes" o de señuelo publicitario en el escaparate partidario. No los integran para que cumplan la condición de intelectuales orgánicos, colectivos.

–Muchos emprenden entonces el retorno a casa.

–Entre los intelectuales se genera una tendencia de retorno a lo privado, a través de cierto resentimiento, desencanto, pesimismo histórico, en fin, diversas manifestaciones de desmovilización. Los intelectuales sienten que han sido usados y luego dejados de lado, y poco a poco vuelven a aferrarse a su carrera, a su profesión, a su destino personal. Para estos intelectuales, la política comienza a convertirse en una suerte de espectáculo que puede entretenerles o no, pero que empieza a ser ajeno. Esto favorece la aparición de lo que en España se llamó el "desencanto". Es así como los intelectuales sienten que se han quedado al margen del pasteleo de la democracia. Tras la etapa de Suárez, en que la transición se afianza, se produce el arribo de los socialistas al gobierno, nada menos que con diez millones de votos y con una mayoría absoluta. El golpe de Estado del Tejerazo ayuda a que los intelectuales se vuelvan más cautos y que alrededor del triunfo socialista impere como una especie de tregua, por eso de evitar las provocaciones, de no irritar al enemigo. Esta cautela es una especie de cheque en blanco para el PSOE y su gobierno.

–Para el grueso de los intelectuales el triunfo de los socialistas significó una gran esperanza y cierta posibilidad de participación social.

–La intelectualidad se dividió. Un sector se convirtió en proveedor de ideología para el gobierno, otro sector se volvió hacia la pasividad o la indiferencia acaso cínica acerca de lo político, y un tercer sector, numéricamente minoritario, siguió manteniéndose fiel a la tradición crítica y activa de la izquierda. Los dos primeros sectores son los mayoritarios, incluyendo a quienes colaboran con el actual gobierno y los que, a través del silencio o el devaneo, facilitan la política de derecha de los socialistas. El PSOE instrumentaliza a quienes le brindan su apoyo y también el silencio de los intelectuales pasivos, neutralizados. Se acrecienta el descrédito de todo lo que huela a la elaboración de una teoría crítica de la sociedad. Si la crítica es inútil porque se está en una época donde impera el posibilismo, ¿qué le cabe al intelectual? Este rótulo de "posmodernidad" promovido por la mayoría de los intelectuales colabora incluso para que en la sociedad desaparezca todo un tejido social crítico, sobre todo en el estudiantado y en la juventud en general. La crítica se vuelve como una especie de lujo del espíritu, tan ineficaz como desgajada de la realidad y de las presiones sociales.

–Pero tampoco la izquierda logra constituirse como polo aglutinador.

–Durante la oposición a la dictadura un gran sector de los intelectuales había estado aglutinado por el Partido Comunista. Cuando se produce la transición, el poder político de España cae en manos de una dirigencia fraguada en el exterior, como fruto en gran parte, de las presiones internacionales para que España se sume al Occidente "civilizado y europeo", o sea, democrático-formal. El PC hace con los intelectuales una política meramente instrumental, porque en el fondo le dan miedo, porque los desconoce, porque piensa que se trata de gente poco pragmática que con sus planteos y teorías va a crear riesgos maximalistas contraproducentes, porque teme que los intelectuales prediquen un democratismo de base acaso extemporáneo.

–Y la fórmula de "lo posible" se traduce en el eurocomunismo, una suerte de comunismo también "civilizado y europeo".

–El PC entra en el juego del posibilismo y centralmente se esfuerza por hacer buena letra ante la burguesía, se autopropone como un partido gestor de la sociedad como si fuese un partido socialdemócrata. Pero, para cumplir esta función, ¿quién mejor capacitado que el PSOE, un partido con toda una tradición en este sentido, con fuertes vínculos hasta personales con la burguesía española y con poderosos respaldos internacionales? Por más que el PC dejase de hablar de sus muertos y torturados, ¿por qué la burguesía española iba a confiar más en él que en los socialistas? Así es como se produce un trasvase de profesionales y de cuadros que pasan del PC al PSOE, estimulados por la posibilidad de ocupar cargos públicos, en algunos casos por mera avidez de ascenso o protagonismo; en otros, por la creencia de ser socialmente útiles dentro de lo que el juego político señala como posible. Poco a poco, el PC se va desarmando ideológicamente, con una gran pérdida de intelectuales y profesionales. El PC incluso deja de levantar su propia historia, porque es una historia de lucha, de combate, y creo que con su recuerdo puede ofender a la sensibilidad de la sociedad bien pensante.

–¿Había otra salida en vez de ésta de la transición?

–Era inevitable una salida pactada, porque la transición española no es fruto de una relación de fuerzas, sino de debilidades: la debilidad del franquismo para seguir en el poder, la debilidad de la derecha liberal que paga el precio de haber colaborado con el franquismo y la debilidad del PC, que es fuerte en la clandestinidad, pero que se desarma al entrar en el juego democrático formal con una política equivocada. Esta, que se expresa a través del ex secretario Santiago Carrillo consiste en creer que, emulando al PC italiano, puede ganar amplias masas de electores hasta el punto de que la burguesía lo va a dejar gobernar, olvidando las grandes diferencias que hay entre la burguesía italiana y la española. Para ésta era mucho más cómodo y tranquilizador recurrir a los socialistas del PSOE, no sin dejar, por supuesto, como corresponde entre caballeros, de agradecer al PC los servicios prestados.

–Manolo, aunque para muchos suena a una antigüedad, ¿qué significa hoy ser un intelectual de izquierda?

–Ante todo, alguien que no pierde su capacidad crítica, de elaboración teórica, y que posee una alta sensibilidad a las presiones sociales, a los movimientos de la historia. Claro, que no es lo mismo en Europa que en América latina, donde el hambre y la barbarie represiva conminan a que la actividad crítica sea mucho más concreta e intensa, lo que no necesariamente debe convertirla en mero pragmatismo. Esta característica de América latina es lo que hizo que me asombrara tanto que fuesen los intelectuales latinoamericanos –Cabrera Infante, Vargas Llosa, Octavio Paz– quienes, cada uno a su manera plantearan en el último congreso de Valencia las posiciones más de derecha.

–Pero estos intelectuales son tan sólo un sector de la intelectualidad latinoamericana, y no precisamente el más representativo.

–Ya lo sé, pero me consta que otros intelectuales, como Ernesto Cardenal, fueron invitados y no concurrieron, no sé por qué.

Alberto Szpunberg



AÑA
IOVIDA

spaña la primera novela de un autor joven y Contra lo que se podía esperar, el libro no anquismo, o del posfranquismo, sino de una donde marineros borrachos secuestraban a hijas.* Belver Yin *se convirtió en uno de los lécadas y Ferrero en el representante de una definida como la* movida *madrileña. antes de esa generación. Publicó dos libros de novelas,* Madre Gallina Africa *y* Ballenas. *dirige la librería española y piensa inaugurar yor relación entre España y Argentina. le su obra y la situación española. Ferrero , por su lado, señala el placer de la parodia y generación y la anterior.

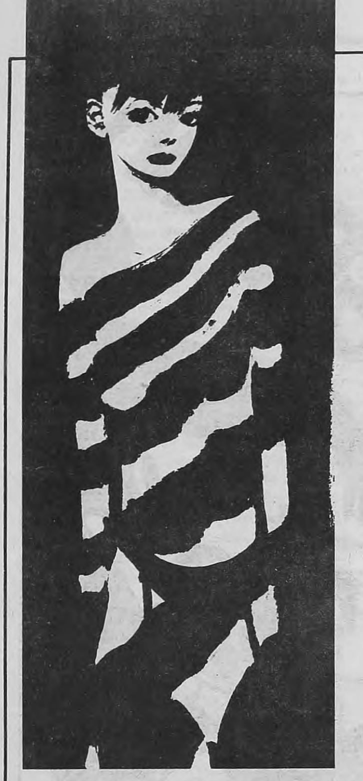
Marsé, Vázquez Montalbán poco tienen que ver con la movida. Ellos no tienen ninguna posibilidad de serlo, para empezar: por edad. Pero Vázquez Montalbán, como poeta primero, antes que como novelista, ha abierto muchos horizontes. Introduce el humor, cosa que parecía que en España no existía, o que la dictadura impedía que se expresase. Pero estos escritores ni son reivindicados como padres ni están integrados en ese movimiento."

"En España hay una novela que es clave para comprender el momento que se está viviendo: *Belver Yin*, de Jesús Ferrero, que la publica Bruguera en el '81 y vende muchísimo: 80.000 ejemplares. Eso bate record no sólo con respecto a la novela de un autor novel, sino de autores consagrados. Y provoca el interés de los editores por seguir el filón. Es una obra ambientada en un Shangai absolutamente imaginario. Una especie de cuento chino sin relación con la realidad.

"La generación en que yo me englobaría, la de 25-35 años, muy recientemente la crítica ha comenzado a darle características homogéneas. La nuestra es una literatura que no es de compromiso, que rompe con la literatura social –cosa que ya había hecho Goytisolo– pero que también rompe con el experimentalismo. Nosotros no pretendemos lucubrar sobre el fin de la novela o el grado cero de la escritura. Buscamos contar alguna historia. La historia pasa a ser importante en el texto. Y las técnicas experimentales sirven sólo para dar ritmo a la narración. Muchas, sacadas del cine.

"En cuanto a la temática es bastante distinta en los diversos autores. Se están viendo novelas con trama policíaca. Es importante la Serie Negra que está surgiendo con Juan Madris y otros, que se lee, que va teniendo su público. Ambientan los relatos entre el argot, la droga y detectives americanos de la tradición Chandler. También se cultiva como género la novela cómico-erótica. Y la histórica, a raíz de la moda Umberto Eco. Yo me enlazo con las que están ambientadas en la actualidad, partiendo de una realidad.

"Creo que estamos en la misma línea que otros países. Acaso, con la Argentina. Seguramente con los narradores italianos recientes. Con el realismo sucio norteamericano. Creo que vivimos fenómenos parecidos."



LA "GAUCHE DIVINE"

En el verano de 1973, clavado en un sillón profundo que ocupaba buena parte de su departamento de dos ambientes, en un barrio medio de Barcelona, prefería no hablar mucho de su novela Si te dicen que caí, *premiada y editada en México; prefería demorarse en los meses anteriores, cuando el original de esa novela había sido catalogado como prohibido por la censura española. Era el tiempo en que la gente de transición –clase media, y media alta– se llamaba a sí misma la "gauche divine" y el boliche-boîte* Bocaccio, *donde se alojaban al caer la noche, diagramaba un contraste: en un sector de la barra –una ele– estaban las "gateras", del otro, las señoras de los industriales aceiteros, aprovechando una ley franquista según la cual el Estado español adelantaba el 75 por ciento del precio de la tirada de cualquier libro colocado en el extranjero. Podía ser Lenin, Marx, o Trotzky, siempre que se vendiera en el exterior. Había, ya, unas 1200 editoriales –o sellos– al mando nominal de mujeres y amantes.* Bocaccio, *que los concentraba, realizaba charters divertidísimos –champán de por medio– a cualquier parte del mundo, y sacaba una lujosa revista llamada* Boccacio. *Juan Marsé, quien ya había publicado esa tersa, cuidadosa y desgarradora novela* Ultimas tardes con Teresa, *era jefe de redacción de esa revista. Barcelona, para la gente bien de izquierdas, era un territorio liberado, una especie de ensayo de transición, vigilado. Marsé vivía con el cuerpo esa etapa, y su prosa tanteaba más allá de los límites, seguramente en los escarceos de la novela que ganaría el Premio Planeta de 1978:* La muchacha de las bragas de oro. *Aquí se publica el prólogo que Marsé escribió para su último relato editado; un relato que gira entre los espejos de ese boliche en el cual él también era una personaje. En la tranquila manera que Marsé esgrime para memorar un pasado no lejano, y aparentemente frívolo, está la escritura secreta de la transición. (M.B.)*

NOCHES DE BOCACCIO

Hace ya bastantes años, en la época en que la noche barcelonesa era un "Titanic" navegando alegre y confiado, lejos todavía del iceberg asesino (nadie pensaba en el hielo salvo al solicitar un whisky o el trago habitual) estaba yo tomando copas en la barra aterciopelada de *Bocaccio*, cuando, inesperadamente, un joven dibujante de comics y prestigioso ilustrador, que sólo conocía de vista, recaló a mi lado aferrándose con ambas manos a una copa esbelta, extenuado y empapado, como un náufrago escupido por el oleaje promiscuo de la noche. A nuestra espalda, en las concurridas mesas de la *gauche divine*, chapoteaban las salutaciones, las conversaciones cruzadas y las risas.

–Tú eres el escritor, ¿verdad? –tenía el náufrago una sonrisa inocente y delgada y una voz traschada, felpuda, llena de candor y de ginebra–. Me llamo Kim y vengo huyendo del "Ciclón" Matilde, ya la conoces... Ahí está, no te engaño –Volví la cabeza y, en efecto, allí estaba la temible aventurera nocturna hablando por los codos, de pie, el vaso de vodka apoyado en uno de sus pechos mortíferos y acorralando contra la barra a un conocido cantautor catalán podrido de vanidad al que apenas le quedaban diez minutos de vida.

–Ahora vendrá a por ti, me lo ha dicho.

–¡Maldición!

–Sólo tienes un modo de salvarte.

–¿Qué debo hacer?

–Como si no la vieras, y mostrarte muy interesado en lo que yo te voy a contar –dijo el exhausto dibujante–. Escucha. Estoy preparando una nueva colección, un supercomic para adultos con un protagonista inspirado en un personaje de una de tus novelas, un tipo que me fascina... ¿Qué tal si tú te encargaras de escribir los guiones y los diálogos? Ganarías una fortuna.

–¿Yo? –sonreí–. Yo nunca he escrito tebeos. ¿Quieres una copa?

–Coca-Cola con whisky. Déjame contarte los detalles.

El "Ciclón" Matilde ya nos estaba mirando de soslayo como un pájaro de presa, de modo que simulé escuchar interesadísimo la propuesta del dibujante. Yo debía escribir un guión semanal que él ilustraría, y el tebeo iba a constituir, dijo, una renovación lúdica del género. Contaríamos las aventuras socio-económico-amorosas –fueron sus palabras– de un joven soñador, un hijo del barrio sin medios de fortuna, pero listo, simpático y guapo: soprendentes hazañas románticas con gran despliegue de estrategia sentimental y progre, con profusión de niñas-pijo y de intelectuales de izquierda ricos, con apellidos de soltera y en escenarios reales, en sus fincas de verano en el Ampurdá y sus palcos del Liceu, desde las más rancias alcobas de San Gervasio y del Ensanche hasta las flamantes y soleadas terrazas con arboleda y piscina, pasando por los espesos *pubs* y tabernas de moda, las todavía clitóricas aulas de la Universidad, las míticas tascas del Barrio Chino, el Club de Polo y los apetitosos bailes de Debutantes.

Poco después, Kim me dejó solo unos segundos para reaparecer en seguida con una cartera de mano, de la cual extrajo unos bocetos a lápiz y a pluma para mostrarme "físicamente y en acción" al personaje. Los dibujos eran magistrales. Pude ver entre las lágrimas mal disimuladas (de repente la idea de escribir tebeos me resultaba desternillante, impagable) a un apuesto charnego con ojos de gato en celo deambulando bien trajeado y algo envarado por la Terraza Martini, durante una distinguida recepción. Los negros cabellos planchados, el perfil encastillado, olisqueando disposiciones afectivas...

–Este muchacho llegará lejos –le dije–. Pero sin mí.

Expuse mis dudas sobre la viabilidad del proyecto, y entonces el joven dibujante me habló de un colaborador suyo, ex miembro de la *gauche divine* y actualmente exiliado en el Canadá, el cual, antes de irse, había reunido material de diversa procedencia con la idea de utilizarlo para escribir los primeros guiones, y que ahora podíamos aprovechar. Convencido de que yo aceptaría entrar en el proyecto, Kim prometió hacerme llegar este material al día siguiente. En este preciso momento se abría paso hasta nosotros el "Ciclón" Matilde, a codazos, sonriente y besucona, y me despedí apresuradamente. En la puerta del local un camarero me obsequió con el "Diario de Barcelona" recién impreso, y cuando minutos después, sentado en el taxi que me llevaba a casa, abrí el periódico para echarle una ojeada, ya me había olvidado de Kim y de su extraña propuesta.

Sin embargo, al día siguiente recibí un gran sobre amarillo que contenía una carpeta. Era una sobada carpeta azul, con los elásticos llenos de nudos, y dentro había recortes de la revista "Hola" y de notas de sociedad de la prensa diaria, fotos de puestas de largo



y de bodas y guateques, y algunas cuartillas emborronadas. Entre esa enrevesada crónica de banalidades, encontré una libretita de negras cubiertas empastadas, un diario íntimo escrito durante el verano y el otoño de 1968. Las páginas comprendidas entre el 29 de septiembre y el 18 de octubre estaban recuadradas en lápiz rojo con la siguiente acotación en el margen superior de la primera página: *Para episodio Nº 2, titulado "En poder de la Gauche Divine"*.

Los años de mayor esplendor de la llamada *gauche divine*, según los cronistas de la época, fueron los de la segunda mitad de los sesenta y los primeros setenta. Cuando este pequeño diario fue redactado, la G.D. poseía todo su poder aglutinante como grupo. Por supuesto, hoy sabemos que la naturaleza de ese poder no era más que una fantasmal y noctámbula inclinación al reencuentro, una manera de beber juntos y de prolongar la noche, un guiño de la inteligencia en horas de relajo. Dejando de lado a sus miembros más prestigiosos y cualificados, existía el amplio espectro de adictos y seguidores que en *Bocaccio* y otros puntos de reunión se formaba siempre a su alrededor, a modo de esos pececillos-piloto que acompañan al tiburón en sus correrías depredadoras: jóvenes meritorias vagamente conocidas y tenaces mirones y afiliados o simplemente simpatizantes, que no solían conocerse entre sí pero que imaginaban, emocionados, poder reconocerse de pronto: la posibilidad del encuentro inesperado, cualquier noche, en cualquier lugar de los habitualmente frecuentados, era para ellos y ellas, en esa época, enormemente excitante.

Era tal su estado anímico de constante disponibilidad, su aportación personal a la pequeña y trasnochada mitología ciudadana, que la llama del equívoco, la chispa que surgió del común frotamiento de sensibilidades y del incesante intercambio de neuras y cariños, se convirtió rápidamente en una gigantesca hoguera. En realidad, lo que se alzó en medio de las nieblas otoñales de aquel legendario 68, fue una especie de malentendido, un simple rumor, una *serpiente de verano* –pero la serpiente esgrimía una sonrisa encantadora y ardientes ojos negros y se llamaba Roberto...

Al diario me remito y, obtenido el permiso de su remoto autor (hoy tabernero feliz en Quebec) transcribo estas páginas sin quitar ni añadir una coma.

Juan Marsé